

Viaje a los campos sin fónicos

ANDRÉS LÓPEZ VELARDE
Pontificia Universidad Católica del Perú
andres.lopez@pucp.edu.pe

Como si se nos invitara a leer con los ojos entornados o a mirar una panorámica filmica horizontal, esta nueva entrega de Virginia Benavides nos ofrece un recorrido continuo de fragmentos poéticos en prosa que describen un viaje como metáfora de la exploración vital del individuo que quiere conocer(se). Se trataría de un *sujeto migrante* (Cornejo Polar) que, al hablar desde diferentes lugares, configura un discurso descentrado que oscila entre el campo físico y el mental. Comienza con la exploración de la naturaleza, en apariencia anónima — pero identificable con el mundo andino por referentes como las *waylillas* o los *apus*— para luego adoptar una mirada más introspectiva en un viaje interior: “Blanca suerte de lo místico: retirarse a tiempo y vivir entre las lilas del campo mental” (p. 25), “Inmigrar hacia adentro” (p. 49).

La concepción de la escritura que presenta esta poesía la vincula con la tradición del silencio, que en la lírica occidental —como recuerda Paz en *El arco y la lira*— tiene su inicio en *Une saison en enfer*, libro a partir del cual, la poesía se vuelve crítica de sí misma y asume una radical desconfianza del lenguaje. Una reacción que perdura hasta hoy, cuyo origen se debería tanto al agotamiento y uso corrompido de la lengua en la política, la literatura o los medios masivos de comunicación (Steiner, Barthes), como al peso de la tradición literaria que abruma al artista y le dificulta escribir o crear algo que no haya sido ya logrado (Sontag). La voz poética de este viaje ofrece varios rastros en ese sentido. Ella es la que documenta “palabras gastadas y sonidos secos” (p. 67), plantea “El indecible como aparato afónico y fonador para el silencio” (p. 64), reconoce que hay una “Lengua enferma que taladra” (p. 64), que la mortifica; una “escritura muda, lactante, convulsionada” (p. 47).

¿Cómo sanar, entonces, al lenguaje enfermo? Se propone una serie de estrategias de resistencia y salida. Una de



Viaje a los campos sin fónicos (escenas de un documental en fiebre)

Virginia Benavides
Alastor Editores
Lima, 2023, 84 pp.

ellas apremia al poeta para culminar el viaje de la escritura alcanzando los límites del lenguaje (lo que evoca al Vallejo de “Ser poeta hasta el punto de dejar de serlo”): “No hay manera de finalizar el viaje sino viajando más hasta agotar los megas, las millas, la mano artrítica como una voz atrófica que apenas toca letra” (p. 64). Otra es la opción por la música —asumida como arte superior a la escritura por su capacidad de expresión más directa—: “brota el antiverso: música de cuerdas para viajeros sin voz” (p. 49). Música que aspira a un silencio utópico que tácitamente evoca los experimentos (in)sonoros de John Cage: “Ser la que escribe lo que borra, música experimental de silencio” (p. 64). La *psicopoesía* sería otra vía de remedio del lenguaje dañado. Consistiría en definir un equilibrio para desocultar al ser y decidir “no dejarse morir por el otro yo ni menos alterarse por los pensamientos de arrancarse la lengua” (p. 65). “Crear

un mundo nuevo fuera de este” (p. 67), sería un camino más de solución, una cosmogonía que requeriría la aparición de un nuevo ser, representado por la figura del niño como símbolo de esperanza, cuyos medios de comunicación trascenderían nuestro lenguaje y escritura bajo la impronta de una nueva existencia de “Galaxias no contactadas [...] sin escritura ni lenguajije” (p. 69).

Por esta última vía de escape, se apela a una expansión de consciencia que transforme al humano en un nuevo ser *sintiente* capaz de expresarse a través de un pensamiento sinestésico (“ver cada sabor”, “tocar el olor de las flores”, “beber cada sonido”, p. 59) y una capacidad de videncia que conecta a esta poesía con la *facultad de visión* de Blake, en que la *visión doble* impulsa al intelecto y fuerza la visión hacia adentro: “ejercitar la doble visión” (p. 74). Estas son ideas que, también, aluden a la prédica nuevaerista contemporánea que habla de un despertar de consciencia. En ella subyace una filosofía hermética regida por el mentalismo (“la mente multiversal”, p. 81), o la correspondencia por la cual *como es afuera es adentro* (viaje exterior e interior, campo físico y mental); y *como es arriba es abajo*, idea expresada desde el exergo que engloba el sentido de este viaje iniciático, tomado del poeta suicida Eros Alesi, donde opera tal dicotomía entre el cielo y la tierra, Dios y el ser humano: “Tú que estás ahora en las pasturas celestes, en las pasturas terrenas, en las pasturas divinas. Tú que estás ahora en las pasturas humanas” (p. 7).

La originalidad de este poemario reside en las últimas estrategias de remediación del lenguaje, así como en la sorprendente y caudalosa prosa poética de aliento vanguardista, que trasunta ecos surrealistas por las imágenes oníricas y un ludismo lexical que cosecha afortunados neologismos. Este viaje delirante culmina afebrado, con una invasiva alteración del fonema /f/ que sugiere una desarticulación (altazoriana) del lenguaje agónico, pero pronto a renacer.